

JOHANN JAKOB BACHOFEN



el **MATRIARCADO**

XXXI · DIOTIMA Y MANTINEA

OTRAS LITERATURAS

EL MATRIARCADO

Johann Jakob Bachofen

Libro VI · §§ 146-148

XXXI · DIOTIMA Y MANTINEA

Traducción del alemán de la editorial

Otras Literaturas

§ 146

Diotima

La conexión en que los antiguos ponen a Safo con Diotima nos lleva de Lesbos a la ciudad arcadia de Mantinea. Pues la lección [†] —mantinikés, «de Mantinea»—, que dan la mayoría de los manuscritos, debe retenerse frente a la otra, [†] —mantikés, «profética, fatídica»—, a la que sigue Ficino (*fatidica muliere*), ya que la reconocen Máximo de Tiro *dissert.* 24, § 4, así como Clemente Alejandrino *Strom.* 6, p. 734 Potter, según lo cual se enmienda con razón Temistio *Or.* 13, p. 162 A. por Wernsdorf ad Himer. p. 357. Becker, Dindorf y Wyttenbach-Reynders dan [†] —mantinikés—. Cf. Platón *Sympos.* ed. Wyttenbach-Reynders, Groninga 1825, p. 96; Becker, *in Platonem a se editi comm. crit.* 1, 349; Van Prinsterer, *prosopogr. Platon.* p. 124.

La aparición de Diotima, hasta hoy tan poco comprendida, encuentra su explicación en el mismo contexto religioso que hemos demostrado para Safo y para la musa eólica en general. La pregunta —¿de qué fuente podía venirle a la mujer aquella sabiduría profunda y llena de misterio ante la cual un Sócrates se inclina?— ha perdido desde el vamos todo lo que tenía de acuciante. Con ello quedan levantadas también las dudas sobre la existencia histórica de Diotima, a las que Ast, *Platons Leben und Schriften* p. 312, n. 2, da lugar. Pues su única fuente está en la supuesta inexplicabilidad de un fenómeno cuya recta articulación queda suficientemente destacada, para la arcadia, ya por su conexión con la poeta lesbia.

Concedo que todas las menciones posteriores de Diotima (Aristides *Or. Platon.* t. 2, p. 127 Jeb. [†]; Clemente Alejandrino *Str.* 6, p. 754

Potter; cf. Davis a Máxim. Tir. t. 1, p. 459; Wolf, *catal. mus. olim illustr.* p. 327; Menagio, *hist. mus. philosoph.* 11) tienen su fuente en el diálogo platónico mismo. Pero el dato de Sócrates se refiere a acontecimientos tan determinados y tan próximos que una pura invención es impensable. «Poseía en el arte de la adivinación y en muchas otras cosas una sabiduría alta; en una ocasión, cuando los atenienses sacrificaban diez años antes de la peste (Ol. 85, 1), les consiguió un aplazamiento de la epidemia, y me enseñó el arte de amar» (*Symp.* p. 201). En el curso de la conversación Sócrates vuelve varias veces sobre su visita y su diálogo con la vidente: [†] —oh Diotima, en sabiduría y en amor... junto a vos, y todo esto lo aprendí de vos— (p. 206).

Si semejante conversación se sostuvo alguna vez de verdad, me parece una cuestión del todo ociosa. Ciertamente es que no contradice en absoluto el carácter de Sócrates, que visitaba a Aspasia por su elocuencia y a Teodota por su belleza (Platón, *Menexen.* p. 236; van Prinsterer p. 123). Pero aun cuando admitamos la ficción y remitamos con el contenido mismo del diálogo la personalidad de Diotima al campo de la poesía, conserva enteramente la misma significación la pregunta [†] —de dónde—: por qué Sócrates es instruido por una mujer en el conocimiento de Eros, y por qué en lugar de una ateniense aparece como maestra una mujer de Mantinea. Es claro que también la ficción tiene que encontrar su justificación en relaciones reales. En particular, la conexión con Afrodita y con Eros no puede estar arraigada para Diotima, no menos que para Safo, más que en un fondo cultural.

Para demostrarlo no nos faltan recursos. Cerca de Mantinea se llama a Capias fundación de Anquises (Estrabón 13, 608); y Capias se llama hijo de Anquises, nieto de Asáraco (Serv. *Aen.* 1, 276; G.

4, 35; Dionis. Hal. 1, 62; Apolod. 3, 12, 2). La visita de Anquises a Arcadia la describe Virgilio, *Aen.* 8, 152 ss. Pausanias 8, 12, 4 nombra el monte Anquisias, al pie del cual está la tumba de Anquises, y junto a ella las ruinas de un templo de Afrodita. A siete estadios del [†] —chorion, el paraje— Melangetas, de donde los mantineos conducen a la ciudad su agua de beber, está la fuente de los meliastas, que celebran allí las orgías dionisiacas; junto a ella, un santuario de Dionisos y otro de Afrodita Melanis (Pausanias 8, 6, 2). En memoria de la participación en la batalla naval de Actium fundan los mantineos un templo de [†] —Afrodita Símnachos, la aliada—, cuya imagen de culto consagró una mujer, Nikippe, hija de Paseas (Pausanias 8, 9, 3). La elección de Afrodita como diosa federal tiene su fundamento en la relación común de la misma con ambos pueblos, con Mantinea tanto como con Roma, y en especial con la estirpe julia (Manil. *Astr.* 1, 796: *Venerisque ab origine proles Iulia descendit caelo caelumque replevit* —y la prole de Venus, la Julia, bajó del cielo y llenó el cielo—). Más sobre la localización de este culto en Arcadia se encuentra en Engel, *Cyprus* 2, 502 ss.; Klausen, *Aeneas* 1, 360 ss.; Gerhard, *Mythol.* § 364.

A Afrodita se anuda Eros, a quien Venus llama *mea magna potentia* —mi gran poder— (*Aen.* 1, 668), en posición subordinada. A él lo llama Diotima (*Symp.* p. 203) compañero y servidor de la diosa, por su concepción en la fiesta del nacimiento de ella. En eso coincide con Safo (*Fr.* 74. 132), como lo hace notar Máxim. Tir. 24, 9. La adhesión al círculo divino samotracio que acá se manifiesta (Plinio 36, 5) se repite en los demás cultos de Mantinea. Según Mnaseas, en el escolio a Apolonio Rod. 1, 917, Deméter ocupa el primer lugar entre los Cabiros samotracios (Estrabón 10, 472) como [†] —Axieros—. Para Mantinea la atestigua Pausanias 8, 8, 1 y C. J.

Gr. 1518; para los arcadios pelasgos en general, Heródoto 2, 171, que la presenta como la gran diosa de la iniciación de las mujeres arcadias (cf. Pausanias 9, 25; 2, 22, 2: [†] —Deméter Eleusinia—). En el Alesio entra en conexión con Rea (Pausanias 8, 20, 2), como también Samotracia pone a ambas en el mismo nivel (Lobeck, *Aglaoph.* 548; Hermann, *Orphica* p. 492; Proclo en Plat. *Cratylum* p. 96: [†] —que Deméter es, según Orfeo, la misma que Rea—; Luc. *Dea Syr.* 15). En la conexión con Perséfone y con los Dióscuros (Pausanias 8, 9) se muestra a su vez el sistema samotracio, que repite a aquélla como [†] —Axíokersa— y a éstos en los Cabiros pensados originariamente como dualidad (Escol. Apol. Rod. 1, 917; Serv. *Aen.* 3, 12; Varrón *L. L.* 5, 10; Dionis. Hal. 1, 68; Macrob. *Sat.* 3, 4).

El principado de la maternidad propio del sistema samotracio-pelasgo se revela en Mantinea en la acumulación de divinidades femeninas, entre las cuales, además de las nombradas, se cuentan también Vesta (Pausanias 8, 9; cf. Plinio 28, 7; Heród. 2, 49-51), Autónoe, Latona, Hera (cf. Pausanias 8, 37, 5. 6), Atenea, Hebe, Penélope (Pausanias 8, 12, 3) y Mera (P. l. c.; Simbólica sepulcral p. 142, 2; 153, 4). Como Mantinea, así también Arcadia entera está en la más estrecha conexión cultural con Samotracia. El pueblo es el mismo. Heródoto 2, 171 atestigua para Arcadia lo que él 2, 51 destaca para Samotracia. Acá los pelasgos son nombrados expresamente como primeros habitantes de la isla y como fundadores de las iniciaciones cabíricas. Son aquellos pelasgos que habían vivido en Atenas y que desde allí pasaron a las islas, en particular a Imbros y Lemnos (Heród. 6, 137; 5, 26; Estrabón 9, 401; Pínd. *fr.* en Schneidewin *Philolog.* 1, p. 423), y por lo tanto aquellos tirsenos de los que hablan Tucíd. 4, 109 y Calímaco en Aristóf. Escol. av. 833, y según los cuales Platón, *leg.*

5, 738, llama tirsénias a las iniciaciones samotracias (Jo. Lid. *de mensib.* p. 82 Show). Emigrantes arcadios llevan a Pérgamo el culto samotracio de los Cabiros (P. 1, 4, 6). Electra pertenece a Arcadia no menos que a Samotracia, donde se la llamaba [†] —fraternidad(?)— (Escol. Apol. Rod. 1, 916; Apolod. 3, 10, 1; 3, 12, 1; Dionis. Hal. 1, 61); igualmente Dardano, que aparece como portador de toda esta conexión religiosa que va desde el Asia anterior, por Samotracia, Creta y Arcadia, hasta Italia (Pausanias 1, 4, 6; 8, 24; Dionis. Hal. 1, 61. 68. 69; 2, p. 126 Sylb.; Estrabón 7, 331; *Fr.* 50. 51; *Serv. Aen.* 1, 382; 2, 166. 325; 3, 12. 148; 8, 285; Diod. 5, 43; Clemente Alejandrino *Protr.* p. 12 Potter; Esteban de Biz. [†] —Dárdanos—; Neuhäuser, *Kadmilus* p. 14-29).

Estos testimonios no dejan duda de en qué sistema religioso tienen su raíz la aparición sobresaliente de Diótima, su doctrina de Eros y su carácter verdaderamente sacerdotal de iniciada. Todo eso pertenece al mundo pelasgo-samotracio, al que la maternidad y su principado místico le sirve de centro. Al vientre que pare se anuda la [†] —katharmós, la purificación— y la iniciación de toda distinción. Del lado de la madre está la primordialidad, tal como la representa el nacimiento de la tierra de Pelasgo (Pausanias 2, 14, 3; 8, 1, 2; 2, 22, 2; Apolod. 3, 3, 1); del lado de la madre, la inmortalidad que distingue a Deméter ante su amante Yasión, hermano de Dardano (Teog. 963 ss.; Diod. 5, 49; Escol. Teócr. *Id.* 3, 50; más tarde es el giro de la *Od.* 5, 125; Apolod. 3, 12, 1; Tz. *Lyc.* 29; Conón. *narr.* 21); del lado de la madre, el poder que reconocen Eros y Kasmilo junto a Urania, Yaco junto a Deméter, Atis junto a la madre frigia de los dioses. En todas partes, en este sistema, se nombra sólo a la mujer. Si el Zeus arcadio es invocado en Clemente Alejandrino *Strom.* 5, 724, 11 como [†] —padre de hijos(?)— (Dionis. Hal. 1, 62: [†]; *Serv. Aen.* 1, 42: *Teucris socero*

cognomines —los troyanos, parientes por el suegro—), a la madre Axieros-Deméter le acompaña sólo una hija, Axíokersa-Perséfone, ningún hijo. El arquetipo religioso de la sucesión exclusiva por la hija, tal como la ofrece el derecho materno, no puede desconocerse en esto. En Isis y Misa, la madre de Midas (H. Orf. 42, 9; Hesiquio [†] —Mida—), está el mismo sistema; y el autor del prólogo de la *Dánae* que con razón se le niega a Eurípides (Wagner, *Fr.* p. 156; Jakobs, *Vermischte Schriften* 5, 607) se adhirió correctamente al sistema samotracio al prometer primero una hija y sólo en la segunda generación un hijo ([†] —primero te digo que nacerá una doncella, y de ella toda la estirpe...—, comparado con Apolod. 2, 4; Platón, *Crit.* 7; Proclo in *Tim.* 2 extr.: [†] —y en efecto el teólogo llama a Core hija única, de todo lo que se honra—; H. Orf. 29, 2; Pausanias 4, 1: [†] —Coras, la hija de Zeus y de Prótogono(?)—). Sobre la anteposición de la madre, C. J. Gr. 1499; cf. 765.

Como en el nacimiento, así también en la muerte aparece la madre sola. Vagando los países como un ave angustiada, Deméter busca triste a la hija que se fue; en la alta peña del Sípilo llora Níobe lágrimas eternas por la muerte de sus hijos, y así como las mujeres carias y lesbianas entonan el [†] —threnos, el lamento—, así lloran la ruina de Pitón las tres doncellas, las Gravas de Gorgo (Porfirio, V. *Pythagor.* 16); se llama Ino *flebilis*, Aérope *tristis* (Welcker, *gr. Tragöd.* p. 685); las [†] —semnai, las venerandas— del Serapeo menfita lloran la muerte de Osiris (B. Peyron, *papiri Greci del museo Britannico* p. 19. 20), y todavía Platón, en el *Menéxeno*, pone el discurso fúnebre en boca de una mujer (arriba § 10).

Pero el que muere vuelve al seno de la madre, de donde salió. A la expresión ateniense [†] —metrôion(?)— corresponde la arcadia [†]

—chreïoi—, que Plutarco *Qu. r.* 52 y *Qu. gr.* 5 y Hesiquio documentan, y que según Aristóteles se refiere a los muertos (*M. Oxon.* 11, t. 68). Así, nodriza y nutricia física del niño, la madre se vuelve también su esperanza en la muerte, y por la iniciación la fuente de la confianza mejor, que mitiga los horrores del ocaso. De Deméter viene la [†] —teleté, la iniciación—; por mujeres es llevada a Arcadia y acá, una vez más, comunicada sólo a las mujeres. Fuente de todo beneficio corporal y espiritual es la madre.

En este grado de la religión el principio masculino aparece preferentemente como poder acuático poseidónico y como el Hades oscuro [†] —Axíokersos(?)—, tal como se revelan en los misterios samotracios y, en correspondencia, en el culto de Poseidón de Mantinea (Pausanias 8, 5, 3; 8, 10, 2. 3. 4; 8, 37, 6; *Pínd. Ol.* 11, 72. 83, p. 252 Boeckh; Ross, *Inscr.* 1, p. 4; cf. Pausanias 8, 8, 3). Por la madre es la fuerza que engendra abarcada y dominada (P. 8, 5, 3; 8, 10, 2), y en el grado lunar, al que el sistema samotracio eleva la materia, se repite la misma relación de ambas potencias. Como tierra celeste tenemos que pensar a Electra, Harmonia, Afrodita y todas las madres samotracias en general (cf. Plut. *plac. phil.* 2, 13; H. Orf. 38, 2; 3, 8; Proclo in *Tim.* 4, p. 283, 11; 5, p. 292: [†] —a la tierra celeste que el Orfeo órfico proclama—; 1, 45: [†] —entre los egipcios, la tierra como cielo(?)—; Simbólica sepulcral p. 76 ss.; arriba p. 22, 2; 37, 1; 119, 1). Subordinados a ellas gobiernan los Cabires-Dióscuros en las apariciones de fuego de la atmósfera terrestre inferior (cf. Escol. Aristóf. *pax* 276; Diodoro 5, 49; *Etym. Gud.* [†] —Kábeiroi—; Escol. Apol. Rod. 1, 917; Cic. *N. D.* 3, 37; H. Orf. 38, 5), a los cuales pertenecen Aquiles-Pempto (arriba p. 115. 56), Belerofonte (arriba p. 3, 1), Faetón y hasta el Zeus arcadio (Clem. Alej. *Coh.* p. 8).

Enteramente presa está esta religión en el mundo de la apariencia material y de la vida natural cambiante. En ella manda la materia, y por eso la mujer. No está traspasada la región limítrofe de la luna, que está ahí como la fuente femenina más alta de la doctrina y del misterio. En el [†] —hieros logos, discurso sagrado— referido a Deméter y a Dionisos, Orfeo se dirige a los mistas bajo el nombre de Museo: «[†] —hablaré a quienes es lícito; pero cierren las puertas, los profanos—» (Euseb. *Pr. Ev.* 13, 12; Justino Mártir en Hermann *Orph.* p. 447; Lobeck, *Aglaoph.* p. 438-443; Platón, *R. F.* p. 236). De naturaleza y origen material-materno es la [†] —sophía— más alta que este grado religioso y la iniciación samotracia llevan en sí.

La aparición de Diotima recibe de este sistema plena inteligibilidad. La doble dirección de su actividad religiosa —la doctrina y los sacrificios que apartan la peste— encuentra en la naturaleza de aquella sabiduría antiquísima, designada como [†] —physiología— (Euseb. *Praepar. Ev.* 3, 16) y referida por Cicerón al conocimiento de la *natura rerum*, su unificación interna. Bien fundado está, por lo tanto, el mito en Clem. Alejandrino *Str.* 1, 361 Potter, según el cual Eolo es instruido en la [†] —physiké historia, la investigación de la naturaleza— por su esposa Hipó, hija de Quirón. Cf. Cirilo c. *Julian.* L. 4, p. 134 ed. Lips.; Hermann, *Catalog.* s. v. Hipó; significativa la concepción de Teano como primera filósofa en Dídimo ap. Clem. Alejandrino *Str.* 1, p. 366; comprensible, en fin, Agnódice y el suceso que Higino *f.* 274 informa sobre el arte de partear de las mujeres (arriba p. 74, nota), así como el gran número de *mulieres medicae*, de lo que convence una mirada al *Catalogus* de Hermann. De una filosofía de fundamento físico puede también la mujer participar con éxito. Lo más importante, el principado religioso de la mujer, aparece sólo como la repetición de la posición

que en el mundo divino se le concede a la maternidad demetríaca. Lo histórico de la religión pelasgo-ctónica y el carácter de iniciada de la mujer están necesaria e internamente unidos.

La antigüedad nos da muchos ejemplos instructivos de esta conexión. Las Danaides traen las iniciaciones a los pelasgos, pero no a los varones: a las mujeres se las comunican (Heród. 2, 171). Las iniciaciones de los Cabiros tebanos les vienen de Deméter, y su conservación se anuda a Pelarge, nombrada en primer lugar antes que su marido y venerada con una cerda preñada (Pausanias 9, 25). Crise, hija de Palante, trae a su esposo Dárdano como regalo de bodas las iniciaciones de los grandes dioses, que había aprendido (Dionis. Hal. 1, 68). Focio *Lex.* p. 268: [†] —Meter... habiendo venido a Ática, inició a las mujeres en los misterios de la madre de los dioses—. Caucon, nieto de Flío, entrega las [†] —teletaí, iniciaciones— de los grandes dioses a Mesene, hija de Tríopas (Pausanias 4, 1, 4); Lico, las mismas a Afareo, a sus hijos y a su esposa Arene ([†] —a su propia mujer y hermana de madre—, P. 4, 2, 3. 4). En la restauración de la ciudad sobre el Ítome, Caucon anuncia a Epíteles en sueños: [†] —allí, en el Ítome, yacen juntos en un ataúd de bronce y de estaño los libros que contienen el modo de salvar la ciudad, pues en el bronce está guardado lo que es conforme a la ley, y de allí hay que tomarlo—. El ataúd de bronce se encuentra, y en él un libro formado de finas láminas de plomo (Boeckh en el *C. J. Gr.* 1, 539, p. 486), que Aristómenes había puesto allí una vez (P. 4, 20, 26; cf. 9, 31, 4), con la descripción de las orgías traídas por Caucon desde Eleusis. La conservación de las iniciaciones queda así, también acá, anudada a una mujer. La inscripción mesenia de los misterios se anuda esclarecedoramente al suceso transmitido por Pausanias, y menciona también [†] —la caja y los libros—. Según Pausanias 1,

38, 3, las tres hijas de Celeo realizan los misterios como [†] —hierai gynaïkes, mujeres sagradas—, según la inscripción mesenia I. 20. Por Baubo es Deméter recibida en Eleusis (Arnob. 5, 25; Pausanias 1, 39, 1); por Yambe, alegrada (Apolod. 1, 5, 1). En Apuleyo *M.* 11, p. 270 Bip. se hace iniciar Lucio primero en los misterios de Isis, y después en los de Osiris.

Tan íntimamente está unido el misterio al principio natural femenino que tampoco en las iniciaciones dionisiacas pasa al dios masculino desarrollado al más alto esplendor, sino que permanece unido a la maternidad y por eso se celebra en la noche (H. Orf. 79, 9; 52, 4; 54, 10). El huevo, imagen del vientre materno que pare, forma su centro (Plut. *Symp.* 2, 3); hasta el sexo masculino participa en él con vestido de mujer; las coronas se forman con las ramas del mirto materno (Arist. *ranae* 330; Tz. Cass. 1328; De Witte, *Cab. Durand* 389. 390; Laborde, *Lamb.* 1, 13. 15; Simbólica sepulcral p. 25. 26. 65. 87); divinidades femeninas son las maestras (H. Orf. 24, 10 en las Nereidas: [†] —pues nosotras primero anunciamos la iniciación a la humana estirpe báquica—; 67, 7 en las Musas: [†] —de quienes las iniciaciones celebrad, oh iniciados, con mente presuntuosa—). En el relato de las Bacanales romanas sale significativamente la importancia de la mujer, sobre todo de la madre, Liv. 39, 13: *primum sacrarium id feminarum fuisse* —aquel santuario fue primero de las mujeres—. Cf. [†] —negra la sabiduría: no es mío el mito, sino de mi madre—, Welcker, *gr. Tragöd.* 840-850; Clem. Alejandrino *Str.* 1, 360; Diod. 4, 45; Arístipo [†] —el de la madre—, hijo de Arete, por Cirene, Estrabón 17, 837; Dióg. Laerc. 2, 86; Aristót. ap. Euseb. *praev.* 14, 18, p. 764; Eliano *H. A.* 3, 40; Proverbios de Salomón 31, 1. 26; Marco Aurelio Antonio, [†] —si algo malo..., al principio: de mi madre lo piadoso—; Dióg. Laerc. 10, 4: [†] —de la madre...—; en el ataque de Demóstenes a

los años juveniles de Esquines, *pro Corona* p. 313, se le reprocha que de noche, en las iniciaciones de su madre, leía los libros órficos: [†] —la madre iniciando, leyendo los libros—. La fiesta délfica Herois contiene una parte mística referida al retorno de Sémele que sólo las tíades conocen, y a la misma sigue el golpear de zapatos de Carila (Plut. *Qu. gr.* 12). También la erección del Liknites es sólo obra de las tíades (Plut. *Is.* 35; Pausanias 10, 6, 2). Hierofántides o Profántides confieren la iniciación. Focio y Suidas: [†] —los filidas son un linaje de Atenas—; [†] —y de éstos, la sacerdotisa de Deméter y de Core, la que inicia en Eleusis—, *C. J. Gr.* n. 432. 435. Hesiquio [†] —métropoloi—. S. Croix, *mystères* 1, 244-246 con la observación de Sacy, y Lord Valentia, *travels* 2, 117. 484, Londres 1811. Debe mencionarse en especial a la que inició en los Eleusinos al emperador Adriano (Dión Cas. 69, 11; Espartano 13; Salmasius p. 117). La inscripción referida a ello, descubierta en 1785 por Worsley en Eleusis, la comunica Show, *charta papyracea graece scripta musei Borgia Velitris*, Roma 1788, p. 77 ss.; Jakobs, *Antholog. Palatina* app. n. 234; *C. J. Gr.* 1, n. 434. Merece atención que la hierofántide, que por sagrada ordenanza calla su nombre de familia (Luciano, *Lexiph.* 10), se llame [†] —Metér Markanthon, hija de Demofonte—. La maternidad y su *fertilitas* (cf. *C. J. Gr.* 1436. 1440. 1446) se destaca acá en especial, en conexión con la naturaleza demetríaca, como en una inscripción amiclea (*Nouv. traité de diplomat.* t. 1, p. 616) y en un título hallado por Chandler en Eleusis (*Inscr.* p. 2, n. 120; *C. J. Gr.* n. 435). Cf. Dióg. Laerc. 8, 1, 10, 11: [†] —de madre nacida en Sicilia—, y *C. J. Gr.* 1442. 1446. 392. 435. 921. Sobre las hierofántides, Creuzer, *Symb.* 4, 487. Para la iniciación los niños son presentados por las madres, de modo que en los catálogos de la Deméter hermionia aparece con frecuencia sólo el nombre de la

madre (C. J. Gr. 1207. 124. 1193; cf. 448. 443. 445. 379. 390. 391. 397). La iniciación por mujeres se repite en el neoplatonismo, como que Proclo fue iniciado por Asclepiogenia, hija de su maestro Plutarco de Atenas, en las [†] —orgia y las iniciaciones verdaderas— (Marino, *vita Procli* 28; cf. los prolegómenos de Fabricius p. 31 en la edición de Marino de Boissonnade). Lo más preciso sobre las mujeres de los pitagóricos y de los carpocracianos, más adelante.

En la serie de testimonios sobre el papel sobresaliente de la mujer en la iniciación entran también las representaciones figuradas. El primer lugar corresponde a los dos cántaros de plata de Bernay mencionados más arriba, que unen al huevo báquico la lira rota (R. Rochette, *notice sur deux vases d'argent provenant du dépôt de Bernay du cabinet des antiques*, extracto de las *nouvelles annales* publicadas por la sección francesa del Instituto Arqueológico, París 1838, en casa de Chapelet, rue de l'Avignard 9). La mujer aparece acá en posición sobresaliente. Se la representa como la anunciadora entusiasmada del misterio, en actitud activa e imponente; el varón aparece frente a ella en actitud receptiva, oyente, entregada. Como Sócrates ante Diotima, vemos acá al anciano barbado, de pie, con el ropaje de un filósofo, frente a la mujer sentada y entusiasmada que anuncia desde el rollo abierto —el *biblón* de la inscripción mesenia— la ley de la salvación, ávido de la boca de la hierofántide de la revelación del misterio cuya profundidad entera Sócrates apenas alcanza, que Zeus debe explorar en Temis, y que Ío presiente sin oírlo. El relieve de la cista pompeyana, reproducido en los *Annali* t. 13, tav. d'agg. H., da a la pareja del filósofo con la mujer que lo instruye una decidida referencia mistérica, porque Eros mismo, con los distintivos de las iniciaciones —la cinta y la cista—, asiste a la conversación. Como

esta representación, así también se ha referido a Sócrates y Diotima la de un sardónice del gabinete de París (Lenormant, *trésor de numismatique*, gal. mytholog. p. 146). Cf. la imagen de gema en Gerhard, *Denkmäler und Forschungen* 1849, tav. 6, 8, y la representación mencionada en el *Anzeiger*, febrero de 1860, p. 21. La fama a la que llegó la representación apenas estaría suficientemente justificada si no correspondiera, por la posición que le asigna a la mujer, a una idea religiosa de la más amplia extensión y a una práctica mística universalmente conocida.

De hecho, dondequiera que miremos, en todas partes nos sale al encuentro el principado de iniciación de la mujer. Ante el huevo de Enorques, hundida en contemplación, está una figura femenina (Simbólica sepulcral, lámina 4); mujeres sostienen el huevo del misterio, así en los dos candelabros sepulcrales de Karlsruhe y de París (el último pasó del gabinete Durand al gabinete de antigüedades; el *Cab. Durand* 1896 nombra una manzana en lugar del huevo, perfectamente claro); así *Mus. Chius.* 1, 11. 22. 97; así en un lecitio del Louvre, cuya reproducción va en los apéndices. Femenina es Telete con el huevo báquico (Simbólica sepulcral p. 30 ss.); femenina la enorme mayoría de todas las terracotas sepulcrales; femeninas las cabezas que salen de guirnalda de flores en innumerables vasos sepulcrales, sobre todo de la Italia inferior, donde para ambos sexos la esperanza de los misterios aparece anudada a la epifanía de Core. Muchachas llevan los escritos sagrados a Eleusis (Escol. Teócr. *Id.* 4, 25), un lugar que Preller, *Demeter* p. 331, n. 56, declara increíble por desconocimiento de todo este conjunto de ideas (Pausanias 8, 15, 2; Apuleyo *M.* 11, 16). Un gran número de terracotas sepulcrales, entre otras una de París que representa a Eros como genio de los misterios estrechándose confiadamente a la matrona sentada, y

pinturas sepulcrales (Bartoli, *sepulcri* tab. 67) muestran el díptico o el rollo en las manos o sobre las rodillas de figuras femeninas (R. Rochette, *3me mém. d'antiquités chrétiennes*, planche 3, 1; *Mon. inéd.* pl. 74, 2, p. 402; Carli, *due dissertaz. sopra Medea* p. 151-219; Jorio, *sceletti umani*, tab. 2; el relieve de marfil del Louvre referido por De Witte a las Musas; el vaso Middleton, Safo con un rollo y el genio Talas, De Witte, *Cab. Durand* p. 160; en especial Dubois-Maisonneuve, *introd.* pl. 43; Millingen, *peint. de vases* 1, 48; *voy. au midi de la Fr.* p. 65, 2). El pensamiento místico más alto se anuda a la vaca lunar Ío adornada con cintas, que desde una tumba de Agrigento llegó al museo de Karlsruhe; y en la *Anthol.* 6, p. 306 el iniciado en Dionisos formula el deseo: [†] —ojalá, hermosa mujer, semejante a las diosas, ... con alma pura...—. Todas estas apariciones son desborde de la misma idea: manifestaciones exteriormente diversas pero interiormente emparentadas de la concepción que domina el misterio de la religión cónico-pelasga, en la cual la madre, como portadora no sólo de todo bien corporal sino también de todo bien espiritual, está a la cabeza de la familia y de la cultura entera.

En este mundo encuentra Sócrates una iluminación de la sabiduría que ya no le daba la ático-jonia (cf. Porfirio, *de abst.* 2, 16). El desarrollo de la naturaleza metafísica de Eros, de lo divino y permanente en la belleza, lo anuncia una vidente de la estirpe autóctona de los [†] —prosélenoi, los anteriores a la luna— arcadios (Pausanias 5, 1, 1; 8, 4, 1; Plut. *Qu. r.* 76), un pueblo de madres que se había quedado extraño, de muchas maneras, al movimiento posterior del espíritu helénico (Porfirio, *abstin.* 2, 16), y a cuyas mujeres todavía en tiempos de Plutarco y de Luciano se les atribuían fuerzas mágicas, en especial la de atraer la luna a la tierra con sus conjuros. A un grado más antiguo de cultura, a aquel

matronato pelasgo que encontraba su grandeza religiosa en la posesión y la administración de las iniciaciones, vuelve Sócrates, y rinde así al alto haber de la cultura prehelénica, en la reverencia por la mujer pelasga, el mayor reconocimiento.

Diotima no pertenece en absoluto a la clase de las mujeres famosas. En medio del brillante hetairismo del mundo ático-jonio tenía que aparecer como algo patriarcal y viejo, incomprensible. Aspasia atraía todas las miradas, y junto a ella muchas heteras que pisotearon diademas reales aseguraron duración a su nombre. A Diotima, en cambio, la saca Sócrates de la oscuridad. No es una aparición del todo extraña a su pueblo, que no permitiera conclusión alguna sobre sus contemporáneos. Sólo la altura, no la dirección de su espíritu, es lo que en ella puede llamarse puramente individual.

§ 147

Mantineia

Los informes sobre Mantineia dan la imagen de una ciudad cuyo carácter coincide esencialmente con el de Diotima. La misma adhesión a un período cultural prehelénico, la misma conexión con los antiguos cultos místicos pelasgos, la misma [+] —philomátheia, el amor por el saber—. Vemos la ciudad, a la que Polibio 2, 56 llama la más antigua de Arcadia, distinguida por el cultivo de la música, de la danza y de la filosofía, tres aspiraciones cuya conexión entre sí y con la religión, en especial con los cultos místicos, nos ha salido al encuentro entre los epizefirios y los lesbianos, y que los antiguos destacan con frecuencia (Plut. *de mus.* 32; Luc. *de saltat.* 7 ss.; Estrabón 10, 467. 468; Timeo Locr. *de*

anim. 17: [†] —y la filosofía nos enseñó a todos, como dice, a amar la música...—). Suidas escribe de Aristóxeno, el conocido tarentino: [†] —después de haber estudiado en Mantinea, se hizo filósofo y músico dilecto—. *Plut. mus.* 32: [†] —pero los muchos sin duda yerran al acercarse al que enseña o al que ejecuta; los entendidos, en cambio, aplauden los hallazgos, como los alejandrinos en tiempos antiguos y los mantineos y otros griegos; pues a éstos, contados y poquísimos, los estimaron aptos para la corrección de las costumbres por la música—.

Particularmente instructivo es el relato de *Polib.* 4, 20. 21, que remite la rudeza de los cinetes arcadios a su descuido de la música. Dos particularidades deben destacarse de él. A las mujeres arcadias se les atribuye la participación en las reuniones y en todas las empresas de los varones: [†] —reuniones comunes y sacrificios comunes... de los varones y las mujeres—. Y el mantineo es pensado de un modo del que resulta su particular adhesión a la música y la [†] —philomátheia, el amor por el saber— que de ella va unida (*Polibio* 4, 20: [†] —sobre todo por la afición a lo honroso—). Mientras las demás ciudades arcadias se contentaban con echar de sus muros a todo cinete, los mantineos celebraban lustraciones de la ciudad: [†] —hicieron una purificación y llevaron las víctimas alrededor de la ciudad entera y de toda la comarca—.

Con eso entran en conexión el dato de *Plutarco mus.* 20. 21, que destaca del mantineo Tirteo la adhesión al carácter sencillo y severo de la música antigua, y el que atribuye a Evandro su introducción en Italia (*Dionis. Hal.* 1, p. 26 *Sylb.*). No menos lo de Virgilio, cuyo dicho en *Ecl.* 10, 33 —*solī cantare periti Arcades*: sólo los arcadios saben cantar— presenta la música como un ejercicio

de todo el pueblo (Müller, *Dorier* 2, 327), y gana todavía más significación porque en las palabras *vestras, meos olim si fistula dicat amores* —si mi flauta dijera alguna vez vuestros amores— se le atribuye en primer lugar una relación erótica (cf. Teócrito *Syrinx* y su esolío en Kiessling p. 791). Por último, Pausanias 8, 9, 1, que habla de una imagen de Latona y de una Musas con el flautista Marsias sobre la base.

Pero la música antigua se remonta a los tracios y a sus profetas Orfeo, Museo y Tamiris (Estrabón 10, 491; Pausanias 10, 29), lo que gana importancia para Mantinea porque, según Pausanias 8, 9, 4, los bitinios tracios (Estrabón 12, 564) están en parentesco de pueblo con los mantineos.

Sobre la orquística tenemos el testimonio de Aten. 1, 22 B., que prefiere las danzas mantineas a las lacónicas, treceñas, epizefirias, cretenses y jonias, según Aristóxeno [†] —a causa de lo que en ellas se mueve(?)—, de suerte que la expresión de Lesbónax de Mitilene, que llamaba a los danzantes [†] —orquestes, danzantes— (Luc. *salt.* 69), podría usarse muy en especial de los mantineos. Inventor de la danza se llama el Eros más antiguo (Luc. *salt.* 7); la orquesis está preferentemente en conexión con los misterios órficos (Luc. *salt.* 15; Escol. Apol. Rod. 3, 1), como que en su adhesión a ellos aparece representada en las imágenes sepulcrales (cf. por ejemplo la tumba cumana en Jorio, *sceletri* tab. 1. 2. 3; Aristóf. *Ranae* 154-157). A la danza se anuda la [†] —hoplomachía, el combate armado—, el [†] —hóplos orcheúmenos, la danza en armas— (Escol. Pínd. *Pyth.* 12, 127). En Aten. 4, 154 D. habla Éforo de la adhesión de los mantineos al armamento antiguo, que por sus inventores se llamaba [†] —hóplites mantinikós, el hoplita mantineo—, y añade: [†] —y

además de esto, se halla que el baile en armas fue descubierto por primera vez en Mantinea, prueba de lo cual es el exvoto que allí se levanta—.

A eso se anuda la saga bitinia según la cual Ares, para regular su desmedida fuerza viril, fue instruido por Hera primero en la danza, después en el combate (Luciano, *salt.* 21: [†] —no antes de bailar en armas...—; cf. Apolod. 2, 2, 1). Con eso queda confirmada la conexión de Mantinea con Bitinia. Cf. Plut. *Numa* 4. A ellos se anuda Roma. Luciano trae a colación a los salios romanos, y otros informes confirman la conexión. Así Serv. *Aen.* 2, 235; 8, 285; Festo p. 326: *Salios a saliendo (?) et saltando dictos esse quamvis dubitari non debeat, tamen Polemon ait Arcada quendam fuisse, quem Aeneas a Mantinea in Italiam deduxerit, qui juvenes Italicos* ■v■πλiov *saltationem docuerit. At Critolaus Saonem ex Samothrace, qui cum Aenea deos Penates ad Lavinium transtulerit, saliare genus saltandi instituisse, a quo appellatos Salios* —que a los salios se los llamó de saltar y de bailar; y aunque no debe dudarse, Polemón dice que hubo un arcadio a quien Eneas llevó de Mantinea a Italia, y que enseñó a los jóvenes itálicos la danza en armas. Critolao, en cambio, dice que Saón de Samotracia, que con Eneas trasladó a Lavinio a los dioses penates, instituyó el género saliar de danzar, de donde se llamaron salios—. (Según este pasaje debe corregirse en Serv. *Aen.* 2, 235, con Lobeck, *Aglaopham.* 2, 1292, el enigmático *Suos* por *Saos* o *Saios*.) Lo mismo en Plutarco, *Numa* 13.

Roma, Mantinea y Bitinia aparecen acá en la misma conexión en que el Asia anterior, Arcadia y la Italia central aparecen en Dárdano y en Eneas. Su conexión está en el culto samotraco, al que en Roma se anudan también el huevo demetríaco (Varrón, *R. R.* 1, 2;

Simbólica sepulcral p. 24), la música arcadia remontada a Evandro, el uso de vestidos blancos en los duelos (Plut. *Qu. rom.* 23), Vesta, los Dióscuros y el *Cerus Manus* del *carmen saliare* (Festo p. 122. 146, emparentado con [†] —Keraos— en [†] —Axíokersos—, con [†] —Keraos(?)— en Pausanias 8, 44, 5, [†] —Cretes— en Pausanias 8, 38, 2, [†] en P. 7, 2, 4; *Ceres, cera, cresco, creare*; cf. Plut. *q. gr.* 36; Plut. *Is.* 35). Serv. *Aen.* 3, 12: *Samothraces cognati Romanorum* —los samotracios, parientes de los romanos—.

Movido por el parentesco de Mantinea con Bitinia, fundó Adriano al bitinio Antínoo (Cas. Dión 69, 11, Reimaro p. 1159) en Mantinea un culto unido a juegos quinquenales y a iniciaciones (Pausanias 8, 9, 4; C. J. Gr. n. 1124. 248), en consecuencia del cual Autónoe fue transformada en Antínoe (Pausanias 8, 9, 2; 8, 8, 3; 8, 11, 2). Esa [†] —timé, honra— se anudaba, según Pausanias 8, 9, 4, a las iniciaciones dionisiacas, que también en Mantinea, como en todo el Peloponeso, encontraron entrada, y prestaron nuevo apoyo al principado de la maternidad, que se destaca significativamente en el relato de Pausanias 8, 5, 3; 8, 10, 2 ya considerado antes, y asimismo en el mito de la huida de las hijas de Pelias a Mantinea ([†] —huyendo por la muerte impía del padre—, en Pausanias 8, 11, 2; cf. Serv. *Aen.* 6, 480).

Sobre tal fundamento descansa la fama de orden legal por la que Mantinea se distinguió. Polib. 6, 43; Eliano V. H. 5, 22; Eustacio a Hom. p. 1860 llaman a los mantineos [†] —eunomótatoi, los de mejor ley— y [†] —sophaí phýseis(?)— como a los cretenses y a los locrios; y como su legislador, a Nicodoro, famoso como púgil, y a Diágoras de Melos, que lo asistió en la legislación: Eliano V. H. 2, 23; Hermann, *Gesetzgebung* p. 38. De qué fama gozaba Mantinea lo muestra la instrucción que el oráculo délfico dio a los cirenenses